

y á tu lado forzaré
un tigre y un elefante.
D. JUAN. Calla, que viene el Marqués.
CATALIN. Pues, ¿ha de ser el forzado?

ESCENA VIII

Sale el Marqués.—Dichos.

D. JUAN. Para vos, Marqués, me han dado
un recado harto cortés
por una reja, sin ver
el que me le daba allí;
sólo en la voz conocí
que me le daba mujer.
Dijome, al fin, que á las doce
acudieras á la puerta,
que estará esperando, abierta,
donde tu esperanza goce
la posesión de su amor,
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.

MARQ. ¿Qué decis?

D. JUAN. Que este recado
de una ventana me dieron,
sin ver quién.

MARQ. Con el pusieron
sosiego á tanto cuidado.
¡Ay, amigo, sólo en ti
mi esperanza renaciera!
Dame esos pies.

D. JUAN. Considera
que no está tu prima en mí.
¿Mas piensas que yo he de ser
quien la tiene de gozar,
y me llegas á besar
los pies?

MARQ. Es tal el placer,
que me ha sacado de mí.
¡Oh, soll! apresura el paso.

D. JUAN. Ya el sol camina al ocaso.

MARQ. Vamos, amigo, de aquí,
y de noche nos pondremos.
Loco voy.

D. JUAN. Bien se conoce;
mas yo sé bien que á las doce
harás mayores extremos.

MARQ. ¡Ay, prima, del mundo prima,
que quieres premiar mi fe!

CATALIN. ¡Juro á Cristo que no dé
una blanca por su prima!

(Vase el Marqués.)

ESCENA IX

*Salen DON JUAN TENORIO, el viejo; DON JUAN
y CATALINÓN.*

TENORIO. Don Juan.

CATALIN. Tu padre te llama.

D. JUAN. ¿Qué manda Vuesseñoría?

TENORIO. Verte más quieto querría,
más cuerdo y con mejor fama.

¿Es posible que procuras
todas las horas mi muerte?

D. JUAN. ¿Por qué vienes desa suerte?

TENORIO. Por tu trato y tus locuras.
En fin, el Rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,
porque está de una maldad
con justa causa enojado;
que, aunque me la has encubierto,
ya en Sevilla el Rey la sabe,
cuyo delito es tan grave,
que á decirlo no acierto.
¿En el Palacio Real
traición? ¿Y con un amigo
traición? Dios te dé el castigo
que pide delito igual.
Mira que aunque, al parecer,
Dios te consiente y aguarda,
tu castigo no se tarda,
y que castigo ha de haber
para los que profanáis
su nombre, y que es juez fuerte
Dios en la muerte.

D. JUAN. ¿En la muerte?

¿Tan largo me lo fiáis?
De aquí allá hay larga jornada.

TENORIO. Breve te ha de parecer.

D. JUAN. Y la que tengo de hacer,
pues á su Alteza le agrada
ahora, ¿es larga también?

TENORIO. Hasta que el injusto agravio
satisfaga el Duque Octavio
y apaciguados estén
en Nápoles, de Isabela
los sucesos que has causado,
en Lebrija retirado,
por tu traición y cautela,
quiere el Rey que estés ahora;
pena á tu maldad ligera.

CATALIN. Si el caso también supiera
de la pobre pescadora,
más se enojara el buen viejo.

TENORIO. Pues no te venzo y castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
á Dios tu castigo dejo. *(Vase.)*

ESCENA X

D. JUAN y CATALINÓN.

CATALIN. Fuese el viejo enternecido.

D. JUAN. Luego las lágrimas copia;
condición de viejos propia.
Vamos, pues ha anochecido,
á buscar al Marqués.

CATALIN. Vamos.

Al fin, ¿gozarás su dama?

D. JUAN. Ha de ser burla de fama.

CATALIN. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.

D. JUAN. ¡Catalinón
al fin!

CATALIN. Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres;
y con público pregón,
porque de ti se guardara
y á su noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre

que las mujeres engaña
y es el garañón de España.»
D. JUAN. Tú me has dado gentil nombre.

ESCENA XI

Salen los Músicos y el Marqués cantando.—Dichos.

MÚSICO. *El que un bien gozar espera,
cuando espera desespera.*

D. JUAN. ¿Qué es esto?

CATALIN. Música es.
MARQ. Parece que habla conmigo
el poeta.

D. JUAN. ¿Quién va?

MARQ. Amigo.

¿Es don Juan?

D. JUAN. ¿Es el Marqués?

MARQ. ¿Quién puede ser sino yo?

D. JUAN. Luego que la capa vi,
que érades vos conocí.

MARQ. Cantad, pues don Juan llegó.

MÚSICO. *El que un bien, etc.*

D. JUAN. ¿Dónde iremos?

MARQ. A Lisboa.

D. JUAN. ¿Cómo, si en Sevilla estáis?

MARQ. Pues ¿aqueso os maravilla?

¿No vive con gusto igual
lo peor de Portugal
en lo mejor de Sevilla?

D. JUAN. ¿Dónde viven?

MARQ. En la calle
de la Sierpe, donde ves
á Adán vuelto en portugués,
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan
mil Evas que, aunque dorados,
en efecto, son bocados
con que las vidas nos quitan.

CATALIN. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de día en miel,
de noche lo dan en cera.
Una noche, por mi mal,
la vi sobre mi vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.

D. JUAN. Mientras á la calle vais,
yo dar un perro quisiera.
MARQ. Pues cerca de aquí me espera
un bravo.

D. JUAN. Si me dejáis
con él, Marqués, ya veréis
cómo de mí no se escapa.

MARQ. Vamos, y poneos mi capa
para que mejor le deis.

D. JUAN. Bien habéis dicho; venid,
y me enseñaréis la casa.

MARQ. Mientras el suceso pasa,
la voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?

D. JUAN. Ya la veo.

MARQ. Pues llegad
y decid: «Beatriz», y entrad.

D. JUAN. ¿Qué mujer?

MARQ. Rosada y fría.

CATALIN. Será mujer cantimplora.

MARQ. En gradas os aguardamos
D. JUAN. Adiós, Marqués.

CATALIN. ¿Dónde vamos?

D. JUAN. Adonde la burla mía
se ejecute.

CATALIN. No se escapa
nadie de ti.

D. JUAN. El truco adoro.

CATALIN. Echaste la capa al toro.

D. JUAN. Escapéme por la capa. *(Vanse.)*

ESCENA XII

EL MARQUÉS, CRIADOS y MÚSICOS. Después la DAMA.

MARQ. La mujer ha de pensar
que soy yo.

CRIDAD. 1.º ¡Qué gentil perro!

MARQ. Esto es acertar por yerro.

CRIDAD. 2.º Todo este mundo es error,
que está compuesto de errores.

MARQ. El alma en las horas tengo
y en sus cuartos me prevengo
para mayores favores.
¡Ay, noche espantosa y fría!
Para que largos los goce,
corre veloz á las doce,
y después no venga el día.

CRIDAD. 1.º ¿Adónde guía la danza?

MARQ. Cal de la Sierpe guía.

CRIDAD. 1.º ¿Qué cantaremos?

MARQ. Cantad
lisonjas á mi esperanza.
(Cantan.) «El que un bien gozar espera,
cuando espera desespera.»
(Vanse, y habla de dentro una Dama.)

DAMA. ¡Falsol, no eres el Marqués,
que me has engañado.

D. JUAN. Digo

que lo soy.

DAMA. ¡Falso, enemigo,
mientes, mientes!

ESCENA XIII

*Sale el COMENDADOR medio desnudo, con espada y
rodela.—La DAMA, D. JUAN y CATALINÓN.*

D. GONZ. La voz es
de doña Ana la que siento.

DAMA. ¿No hay quien mate este traidor,
homicida de mi honor?

D. GONZ. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor, dijo, ¡ay de mí!
y es su lengua tan liviana,
que aquí sirve de campana.

DAMA. ¡Mataldel!
(Sale Don Juan.)

D. JUAN. ¿Quién está aquí?

D. GONZ. La barbacana caída
de la torre de este honor
que has combatido, traidor,
donde era alcaide la vida.

D. JUAN. Déjame pasar.

D. GONZ. ¿Pasar?

Por la punta desta espada.

D. JUAN. Oye.
 D. GONZ. No me digas nada.
 D. JUAN. Escucha.
 D. GONZ. No hay que escuchar, que ya he sabido lo que es con esas voces que han dado.
 D. JUAN. Tu sobrino soy, que he entrado aquí.
 D. GONZ. Mientes, que el Marqués de la Mota, mi sobrino, tan grande traición no hiciera. Mi honor viva, el traidor muera autor de tal desatino.
 D. JUAN. El Marqués digo que soy.
 D. GONZ. Pues si eres el Marqués, piensa que es en ti mayor la ofensa, y más ofendido estoy.
 ¡Muere, traidor!
 D. JUAN. Desta suerte muero yo.
 CATALIN. Si escapo desta, no más burla, no más fiesta.
 D. GONZ. ¡Ay, que me has dado la muerte! Mas si el honor me quitaste, ¿de qué la vida servía?
 D. JUAN. Huye.
 D. GONZ. Guarda, que es sangría con que el valor me aumentaste; mas no es posible que aguarde, seguirá mi furor, que es traidor, y el que es traidor es traidor porque es cobarde.

ESCENA XIV

Sale el MARQUÉS. Después DON JUAN y CATALINÓN.

MARQ. Presto las doce darán, y mucho don Juan se tarda.
 CRIAD. I.º Fiera pensión del que aguarda.
(Salen Don Juan y Catalinón.)
 D. JUAN. ¿Es el Marqués?
 MARQ. ¿Es don Juan?
 D. JUAN. Yo soy; tomad vuestra capa.
 MARQ. ¿Qué perro?
 D. JUAN. Funesto ha sido; al fin, Marqués, muerto ha habido.
 CATALIN. Señor, del muerto te escapa.
 MARQ. ¿Burlásteisla?
 D. JUAN. Sí burlé.
 CATALIN. Y así á vos os ha burlado.
 D. JUAN. Caro la burla ha costado.
 MARQ. Yo, don Juan, lo pagaré, porque estará la mujer quejosa de mí.
 D. JUAN. Las doce darán.
 MARQ. Como mi bien goce, nunca llegue á amanecer.
 D. JUAN. Adiós, Marqués.
 CATALIN. Muy buen lance el desdichado hallará.
 D. JUAN. Huyamos.
 CATALIN. Señor, no habrá aguilita que me alcance. *(Vanse.)*

ESCENA XV

DICHOS, menos DON JUAN y CATALINÓN.

MARQ. Vosotros os podéis ir todos á casa, que yo he de ir solo.
 CRIADO. Dios crió las noches para dormir.
(Vanse y dicen dentro:)
 1.º ¿Vióse desdicha mayor?
 2.º ¿Y vióse mayor desgracia?
 MARQ. ¡Válgame Dios! Voces oigo en la plaza del Alcázar.
 ¿Qué puede ser á estas horas?
 Un hielo me baña el alma.
 Desde aquí parece toda una Troya que se abrasa, porque tantas hachas juntas paren gigantes de llamas. Mas una escuadra de luces se acerca hacia mí, ¿por qué anda el fuego emulando al sol, dividiéndose en escuadras? Quiero preguntar lo que es.

ESCENA XVI

Salen el DUQUE OCTAVIO, TENORIO y CRIADOS. DICHOS.

DUQUE. ¿Qué gente?
 MARQ. Gente que aguarda saber de aqueste alboroto la ocasión.
 TENORIO. Esta es la capa que dijo el Comendador en las postreras palabras.
 OCTAVIO. Préndanle.
 MARQ. ¿Prenderme á mí?
 TENORIO. Volved la espada á la vaina, que la mayor valentía es no tratar de la espada.

ESCENA XVII

Sale el REY.—DICHOS.

TENORIO. Señor: aquí está el Marqués.
 MARQ. ¿Vuestra Alteza á mi me manda prender?
 REY. Llevalde y ponelde la cabeza en una escarpia.
 ¿En mi presencia te pones?
 MARQ. Señor: mi inocencia...
 REY. Basta.
 Llevalde luego á una torre.
 MARQ. ¡Ay, glorias de amor tiranas, siempre en el venir pesadas! Bien dijo un sabio, que había entre la boca y la taza peligro; pero el enojo del Rey me admira y espanta.
 TENORIO. ¿No sabré por qué voy preso?
 ¿Quién mejor sabrá la causa que vuestra señoría?
 MARQ. ¿Yo?

TENORIO. Vamos.

MARQ. ¡Confusión extraña! *(Vanse.)*
 REY. Fulmínese el proceso al Marqués luego, y mañana le cortarán la cabeza; y al Comendador, con cuanta solemnidad y grandeza merece nobleza tanta, se le haga luego un sepulcro de bronce y de piedra párea, adonde góticas letras den lenguas á su venganza.
 ¿Dónde doña Ana se fué?
 DUQUE. Fuese al sagrado doña Ana de mi señora la Reina.
 REY. Ha de sentir esta toda Castilla y el reino todo su defensa en esta espada, y tan gran Comendador ha de llorar Calatrava. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

Salen los VILLANOS y cantan.

MÚSICO. «Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil, y, aunque le sirve de estrella, Arminta sale más bella.»
 GACENO. Ya, Batricio, os he entregado el alma y ser en mi Arminta.
 BATRIC. Por eso se baña y pinta de más colores el prado; con deseos la he ganado, con obras la he merecido.
 MÚSICO. Tal mujer y tal marido viyan juntos años mil.
 «Lindo sale el sol de Abril por trébol y torongil.»
 BATRIC. No sale así el sol de Oriente como el sol que al alma sale, que no hay sol que al sol se iguale de sus niñas y su frente; deste sol claro y luciente que eclipsa al sol su arrebol, y así cantalde á mi sol motetes de mil en mil.
 MÚSICO. «Lindo sale,» etc.
 ARMINTA. Batricio: aunque lo agradezco, falso y lisonjero estás; mas si tus rayos me das, por ti ser luna merezco. Tú eres el sol por quien crezco después de salir menguante, para que el alma te cante la salva en tono sutil.
 MÚSICO. «Lindo sale,» etc.

ESCENA XIX

Sale un PASTOR.—DICHOS.

PASTOR. Alcaldes: el desposorio huéspedes ha de tener.
 GACENO. A todo el mundo ha de ser este contento notorio.
 BATRIC. ¿Quién viene?
 PASTOR. Don Juan Tenorio.

GACENO. ¿El viejo?
 PASTOR. No ese don Juan, sino su hijo el galán. Téngolo por mal agüero, que en bodas un caballero quita gusto y penas da.
 BATRIC. Pues ¿quién noticias le dió de mis bodas?
 PASTOR. De camino pasa á Lebrija.
 BATRIC. Imagino que el demonio le envió. Mas ¿de qué me aflijo yo? Vengan á mis dulces bodas del mundo las gentes todas; mas con todo, un caballero en mis bodas ¡mal agüero! Venga el Coloso de Rodas, el Cura y el Preste Juan y don Alonso el Onceno con su corte, que en Gaceno ánimo y valor verán. Montes en casa hay de pan, Guadalquivir es (1) de vino, Babilonia es (2) de tocino, y entre ejércitos cobardes de aves, ¿para qué los lardes, el pollo y el palomino? Venga tan gran caballero á ser hoy en Dos Hermanas honra destas nobles canas.
 PASTOR. Es hijo del Camarero mayor.
 BATRIC. Todo es mal agüero para mí, pues le han de dar junto á mi esposa lugar. Aún no gozo, y ya los cielos me están condenando á celos. Amor, sufrir y callar.

ESCENA XX

Salen DON JUAN y CATALINÓN de camino.—DICHOS.

D. JUAN. Pasando acaso he sabido que hay bodas en el lugar, y dellas quise gozar, pues tan venturoso he sido.
 GACENO. Vuestra señoría ha venido á honrallas y engrandecellas.
 BATRIC. Yo, que soy el dueño dellas, dígoos también que vengáis enhoramala.
 PAST. I.º ¿No dais lugar á este caballero?
 D. JUAN. Con vuestra licencia, quiero sentarme aquí.
 BATRIC. Si os sentáis delante de mí, señor, seréis de aquesa manera el novio.
 D. JUAN. Cuando lo fuera, no eligiera lo peor.

(1) Así en el original; debe de ser «Guadalquivires».
 (2) De seguro «Babilonias».

GACENO. Que es el novio.
 D. JUAN. De mi error y ignorancia perdón pido.
 BATRIC. ¿Es posible que he de ser en todo tan desgraciado?
 CATALIN. ¡Desdichado tú, que has dado en manos de Lucifer!
 D. JUAN. ¿Posible es que vengo á ser, señora, tan venturoso? Envidia tengo al esposo.
 ARMINT. Parecéisme lisonjero.
 BATRIC. Bien dije que es mal agüero en bodas un poderoso.
 D. JUAN. Hermosas manos tenéis para esposa de un villano.
 CATALIN. Si al juego le dais la mano, vos la mano perderéis.
 BATRIC. ¡Celos, muerte no me déis!
 GACENO. Ea, vamos á almorzar, porque pueda descansar un rato su señoría.
 D. JUAN. ¿Por qué la escondéis?
 ARMINT. No es mía.
 GACENO. Ea, volved á cantar.
 D. JUAN. ¿Qué dices desto?
 CATALIN. Que temo muerte vil destes villanos.
 D. JUAN. Buenos ojos, blancas manos, en ellos me abraso y quemo.
 CATALIN. Almagrar y echar á extremo; con ésta cuatro serán.
 D. JUAN. Ven, que mirándome están.
 BATRIC. Bien dije que es mal agüero de mis bodas.
 GACENO. Cantad.
 BATRIC. Muero.
 CATALIN. Canten, que ellos llorarán.
 MÚSIC. «Lindo sale el sol de Abril por trébol y toronjil», etc.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale BATRICIO solo.

Celos, átomos de amor, y entre los ojos gigantes, á la muerte semejantes y al infierno en el dolor: dejadme, no me canséis con iras y desconsuelos, que en azul parecéis cielos, y como infiernos ardéis. ¿Qué me quieres, caballero, que me atormentas aquí? Bien dije, cuando le vi en mis bodas, ¡mal agüero! ¿No es bueno que se sentó, á cenar con mi mujer, y á mí en el plato meter la mano no me dejó, pues cuando llegar quería,

con furia la desviaba diciendo cuando llegaba; «¡grosería, grosería!» No se apartó de su lado hasta cenar, de manera que todos pensaban que era yo padrino, él desposado. Y si decirle quería algo á mi esposa, gruñendo me la apartaba diciendo: «¡grosería, grosería!» ¡Qué vea clara mi afrenta, y no pueda yo decir el mal que me hace morir! No sé qué diga ó qué sienta en tan dudosa porfía, pues llegándome á quejar á todos, todo el lugar con risa me respondía: «Eso no es cosa que importe, no tenéis de qué temer; callad, que debe de ser uso de allá de la Corte.» ¡Buen uso; trato extremadol Más no se usara en Sodoma, que otro con la novia coma y que ayune el desposado. Pues el otro bellacón, á cuanto comer quería, «¿esto no come?» decía, «no tiene, señor, razón» y de la mano al momento me lo quitaba. Corrido estoy; pienso que esto ha sido culebra y no casamiento. Ya no se puede sufrir ni entre cristianos pasar. Ya acabado de cenar con los dos, ¿mas que á dormir con mi mujer, pues es mía, estorbo me ha de poner y que ha de venir á ser grosería, grosería? Mas el viene: ¿qué he de hacer? Esconderme por no velle antes que aquí me atropelle; mas ¡ay! que no he de poder.

ESCENA II

Sale DON JUAN solo.—Dicho.

D. JUAN. Batricio.
 BATRIC. ¿Qué es lo que manda vuesañoría?
 D. JUAN. El amor con tal ira y tal furor en el alma se desmanda, que lo que encubrir quería la boca no ha de poder.
 BATRIC. ¿Mas que ha de venir á ser: «grosería, grosería»?
 D. JUAN. Yo, ha muchos días, Batricio, que á Arminta el alma le di y he gozado.
 BATRIC. ¿Su honor?
 D. JUAN. Sí.

BATRIC. Manifiesto y claro indicio de lo que han visto mis ojos; que si bien no le quisiera Arminta, no permitiera contra mí tantos enojos.
 D. JUAN. Yo al fin con nombre de esposo ha seis meses que soy dueño de su honor; mi amor te enseñó en trance que es tan forzoso. Esta es, Batricio, verdad, siendo por tan justo intento clandestino el casamiento y fingida esa amistad. Por mi padre y por el Rey entre los dos encubierto tuvimos este concierto, y así no es razón y ley que tú dos almas dividas, que aunque las gentes lo ignoran, así se estiman y adoran, ni este matrimonio impidas. Fuera de que de otra suerte satisfacerme podré, y á todo el mundo daré, si me lo impide, la muerte.
 BATRIC. Si tú en mi elección lo pones, tu gusto pretendo hacer, que el honor y la mujer son malos en opiniones. El honor en opinión siempre más pierde que gana, porque es como la campana que se estima por el son. Y así es cosa averiguada que su honor viene á perder cuando cualquiera mujer suena á campana quebrada. Gózala, señor, mil años, que yo quiero resistir desengaños y morir, por no vivir con engaños. (Vase.)

ESCENA III

DON JUAN, sólo.

D. JUAN. Con el honor le vencí, porque siempre los villanos tienen su honor en las manos, y siempre miran por sí. Que por tantas falsedades es bien que se entienda y crea que el honor se fué á la aldea huyendo de las ciudades. Bien lo supe negociar: gozarla sin miedo espero. La noche camina, quiero su viejo padre engañar. ¡Oh, estrellas que me miráis: dadme en este engaño suerte, si el castigo, hasta la muerte, tan largo me lo fiáis! (Vase.)

ESCENA IV

Salen ARMINTA y BELISA.

BELISA. Mira que viene tu esposo; entra á desnudarte, Arminta.

ARMINTA. Destas infelices bodas no sé qué sienta, Belisa. Di: ¿qué caballero es éste que de mis gustos me priva? Todo mi Batricio ha estado bañado en melancolía; todo en confusión y en celos; mira qué grande desdicha. ¡Mal hubiese el caballero que mis contentos me quita! La desvergüenza en España se hace ya caballería. Déjame, que estoy sin seso; déjame, que estoy perdida. ¡Mal hubiese el caballero que mis contentos me quita!
 BELISA. Entra, que pienso que viene, que nadie en el cuarto pisa de un desposado tan recio.
 ARMINTA. Queda á Dios, Belisa mía.
 BELISA. Desenójale en tus brazos.
 ARMINTA. Plegue á los cielos que sirvan mis suspiros de requiebros, mis lágrimas de caricias. (Vanse.)

ESCENA V

Sale DON JUAN, GACENO y CATALINÓN.

D. JUAN. Gaceno: quedad con Dios.
 GACENO. Acompañaros querría, por darme de esta ventura el parabién á mi hija.
 D. JUAN. Tiempo mañana nos sobra, bien decís.
 GACENO. El alma mía en la muchacha os entrego.
 D. JUAN. Mi esposa diréis. Tú ensilla, Catalinón.
 CATALIN. ¿Para cuándo?
 D. JUAN. Para el alba, que de risa muerta ha de salir mañana deste engaño.
 CATALIN. Allá en Lebrija, señor, nos está aguardando otra boda; por tu vida que despaches presto en ésta.
 D. JUAN. La burla más escogida de todas ha de ser ésta.
 CATALIN. Sí, señor, mas no querría que saliésemos burlados, ó nos costase las vidas esta fiesta.
 D. JUAN. Si es mi padre el dueño de la justicia y es la privanza del Rey, ¿qué temes?
 CATALIN. De los que privan suele Dios tomar venganza, y con rigor los castiga cuando cometen pecados de Dios en la cara misma. Y si en las casas de juego prenden también al que mira, yo he sido mirón del tuyo, y por mirón no querría que algún rayo abrasador

me convirtiese en ceniza.
 D. JUAN. Vete á ensillar, que mañana he de dormir en Sevilla.
 CATALIN. ¿En Sevilla?
 D. JUAN. Sí.
 CATALIN. ¿Qué dices?
 Mira lo que has hecho, y mira que hay castigo, pena y muerte.
 D. JUAN. Si tan largo me lo fías, vengan engaños.
 CATALIN. Señor.
 D. JUAN. Vete, que ya me amohinas. ¡Vive el cielo, que te matel
 CATALIN. Fuerza al turco, fuerza al scita, al persa y al agramante (1), al japon y al troglodita; fuerza al etiope, al tracio y al sastre, con la agujita de oro en la mano, imitando contino á la blanca niña. (Vase.)

ESCENA VI

DON JUAN Y ARMINTA.

D. JUAN. La noche aprisa los cielos con pies de azabache pisa huyendo de los mortales, en cuya frente avecina, en ricos apretadores, estrellas por piedras brillan. Quiero llegar á la cama.
 Arminta.
 ARMINTA. ¿Quién llama á Arminta?
 ¿Es mi Batricio?
 D. JUAN. No soy tu Batricio.
 ARMINTA. Pues ¿quién?
 D. JUAN. Mira despacio, Arminta, quién soy.
 ARMINTA. ¡Ay, de mí! Yo soy perdida.
 ¿En mi aposento á estas horas?
 D. JUAN. Estas son las horas mías.
 ARMINTA. Volveos, porque daré voces; no excedáis la cortesía que á mi Batricio se debe. Ved que hay romanas Emilias en Dos Hermanas también, y hay Lucrecias vengativas.
 D. JUAN. Escúchame dos palabras, y esconde de las mejillas en el corazón la grana, en ti más preciosa y tibia.
 ARMINTA. Idos, que vendrá mi esposo.
 D. JUAN. Yo lo soy. ¿De qué te admiras?
 ARMINTA. ¿Desde cuándo?
 D. JUAN. Desde ahora.
 ARMINTA. ¿Quién lo ha tratado?
 D. JUAN. Mi dicha.
 ARMINTA. ¿Sábelo Batricio?
 D. JUAN. Sí, que te olvida.
 ARMINTA. ¿Que me olvida?

(1) Debe de querer decir «gramante».

D. JUAN. Sí, porque te adoro.
 ARMINTA. ¿Cómo?
 D. JUAN. Con mis dos brazos.
 ARMINTA. Desvía.
 D. JUAN. ¿Cómo puedo, si es verdad que muero?
 ARMINTA. ¡Qué gran mentiral
 D. JUAN. Arminta: escucha y sabrás, si quieres que te la diga, la verdad, si las mujeres sois de verdades amigas. Yo soy noble caballero, cabeza de la familia de los Tenorios antiguos ganadores de Sevilla. Mi padre, después del Rey, se reverencia y se estima en la corte, y de sus labios penden las muertes y vidas. Torciendo el camino, acaso llegué á verte, que amor guía tal vez las cosas de suerte que él mismo dellas se admira. Vite, adoréte, abraséme, y de suerte, que me obliga á que contigo me case: mira qué acción tan precisa. Y aunque lo murmure el reino, y aunque el Rey lo contradiga, y aunque mi padre, enojado, con amenazas lo impida, tu esposo tengo de ser, dando en tus ojos envidia á los que viere en su sangre la venganza que imagina. Ya Batricio ha desistido de su acción, y aquí me en vía tu padre á darte la mano.
 ¿Qué dices?
 ARMINTA. No sé qué diga, que se encubren tus verdades con retóricas mentiras. Porque si estoy desposada, como es cosa conocida, con Batricio, el matrimonio, ¿cómo puede ser que sirva?
 D. JUAN. En no siendo consumado, por engaño ó por malicia puede anularse.
 ARMINTA. Es verdad; mas ¡ay, Dios! que no querría que me dejases burlada cuando mi esposo me quitas.
 D. JUAN. Ahora bien: dame esos brazos, y esta voluntad confirma con ellos.
 ARMINTA. ¿Qué, no me engañas?
 D. JUAN. Mío el engaño sería.
 ARMINTA. Jura que me cumplirás la palabra y fe debida.
 D. JUAN. Juro á esta mano, señora, infierno de nieve fría, de cumplirte la palabra.
 ARMINTA. Jura á Dios que te maldiga si no lo cumples.
 D. JUAN. Si acaso la palabra y la fe mía

te faltare, ruego á Dios que á traición y alevosía me dé muerte un hombre (muerto, que vivo Dios no permita).
 ARMINTA. Pues con ese juramento soy tu esposa.
 D. JUAN. El alma mía entre los brazos te ofrezco.
 ARMINTA. Tuya es el alma y la vida.
 D. JUAN. ¡Ay, Arminta de mis ojos! mañana sobre virillas de tersa plata, estrelladas con clavos de oro de Tibar pondrás los hermosos pies, y en prisión de gargantillas la alabastrina garganta, y los dedos en sortijas, en cuyo engaste parezcan estrellas las amatistas, y en cuyas orejas penden transparentes perlas limpias.
 ARMINTA. Tuya soy.
 D. JUAN. ¡Qué mal conoces el burlador de Sevilla! (Vanse.)

ESCENA VII

Salen DON PEDRO TENORIO É ISABELA,

DON PEDRO.

¿De qué sirve, Isabela, la tristeza en el alma y en los ojos, si amor todo es cautela y siempre da tristeza por despojos; y sus mayores bienes son tormento, temor, pena y desdenes? Cuando de la ribera de Nápoles partiste fué muy justo sentir su pena fiera, mas ya puedes trocar la pena en gusto y mostrar alegría, pues se pone tu noche y sale el día. Si ya don Juan te aguarda para enlazar tu mano hermosa y bella, aún el bien no se tarda: suspende el triste llanto y la querella, si es su casa en Sevilla una de las mejores de Castilla.

ISABELA.

No nace mi tristeza del ser esposa de don Juan, que el mundo conoce su nobleza; en la esparcida voz mi agravio fundo, y esta ocasión perdida he de llorar mientras tuviere vida.

DON PEDRO.

Muy presto entre sus brazos, como el olmo y la hiedra vividora, os daréis tiernos lazos.

ISABELA.

Hasta verse en el tálamo que adoro, el honor, afligida he de llorar esta opinión perdida.

DON PEDRO.

Allí una pescadora está sobre un peñasco al mar mirando, y dulcemente llora, y al cristalino cielo quejas dando, pidiendo esta venganza, perdida de algún bien ya la esperanza. Quiero llegar por ella, para que aquí te haga compañía; dirásle tu querella, y mientras yo con el sereno día desembarco la gente, lamentaréis las dos más dulcemente. (Vase.)

ISABELA.

¡Que me robase el sueño la prenda que estimaba y más quieral
 ¡Oh riguroso empeño de la verdad, oh máscara del día, noche al fin tenebrosa, antípoda del sol, del sueño esposa!

ESCENA VIII

Sale la PESCADORA.—DICHA.

PESCADORA.

Robusto mar de España, ondas del fuego en fugitivas olas, cuya costa el mar baña dándole por tributo conchas solas, aunque á veces preñadas de traiciones en ti medio anegadas. Pues conoces mis quejas y de ti mis tormentos han nacido, á tus sordas orejas quiero dar voces, pues la causa has sido de que el honor perdiera la que siempre cruel con hombres era.

ISABELA.

¿Por qué del mar te quejas?
 ¿Estás del mar celosa, pescadora?

PESCADORA.

El mar parió mis quejas.
 ¡Dichosa vos, que sin cuidado ahora dél os estáis riendo!

ISABELA.

También furias del mar estoy sintiendo.

PESCADORA.

¿Sois vos la Europa hermosa que estos toros os llevan á Sevilla?

ISABELA.

Llévanme á ser esposa contra mi voluntad.

PESCADORA.

Si mi mancilla

á lástima os provoca, mi llanto oid, pues por mujer os toca. Del agua derrotado, á esta arena llegó un don Juan Tenorio, difunto y anegado. Amparéle, hospedéle en tan notorio peligro, y el vil huésped

vívora fué á mi planta en tierno césped.
Con engaño y mentira,
dándome aquí de esposo la palabra,
el que á robar aspira
honor, me le quitó, que en traición labra
cuando, en vez de verdades,
son sus dulces palabras falsedades.

ISABELA.

Calla, mujer maldita;
vete de mi presencia, que me has muerto;
mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú; prosigue: ¿es cierto?

PESCADORA.

Tan claro es como el día.

ISABELA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fial
Pero sin duda el cielo
á ver estas cabañas me ha traído,
y de ti mi consuelo
en tan grave pasión ha renacido
para venganza mía.

¡Mal haya la mujer que en hombres fial

PESCADORA.

Que me llevéis os ruego
con vos, señora, á mí y á un viejo padre,
porque de aqueste fuego
la venganza me dé, más que me cuadre,
y al Rey pida justicia
deste engaño y traición, desta malicia.
Anfriso, en cuyos brazos
me pensé ver en tálamo dichoso
dándole eternos lazos,
conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.

ISABELA.

Ven en mi compañía.

PESCADORA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fial
(Vanse.)

ESCENA IX

Salen DON JUAN y CATALINÓN.

CATALIN. Todo en mal estado está.

D. JUAN. ¿Cómo?

CATALIN. Que Octavio ha sabido
la traición de Italia ya,
y el de la Mota ofendido,
al Rey grandes quejas da.
Dicen que viene Isabela
á que seas su marido,
y dicen...

D. JUAN. Calla.

CATALIN. Una muela
en la boca me has rotpido.

D. JUAN. Hablador: ¿quién te revela
tanto disparate junto?

CATALIN. ¿Disparate?

D. JUAN. Disparate.

CATALIN. Verdades son.

D. JUAN. No pregunto
si lo son; cuando me mate
Octavio: ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos también?
¿Dónde me tienes posada?

CATALIN. En calle oculta.

D. JUAN. Está bien.

CATALIN. La iglesia es tierra sagrada.

D. JUAN. Di que de día me den
en ella la muerte. ¿Viste
al novio de Dos Hermanas?

CATALIN. Allí le vi ansiado y triste.

D. JUAN. Arminta estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.

CATALIN. Tan bien engañada está,
que se llama doña Arminta.

D. JUAN. Graciosa burla será.

CATALIN. Graciosa burla y sucinta;
mas ella la llorará.

D. JUAN. ¿Qué sepulcro es este?

CATALIN. Aquí
don Gonzalo está enterrado.

D. JUAN. Este es á quien muerte di.

¡Gran sepulcro le han labrado!

CATALIN. Ordenólo el Rey así.

¿Cómo dice este letrero?

D. JUAN. «Aquí aguarda del Señor,
el más leal caballero,
la venganza de un traidor.»
Del mote reirme quiero.

¿Y habéis vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?

CATALIN. No se las podrá pelar
quien barbas tan fuertes medra.

D. JUAN. Aquesta noche á cenar
os aguardo en la posada,
y allí el desafío haremos,
si la vengauza os agrada.

Pero mal reñir podremos
si es de piedra vuestra espada.

CATALIN. Justo es estar prevenido,
si contigo ha de comer.

D. JUAN. Larga esta venganza ha sido;
si es que vos la habéis de hacer
bien puedo vivir dormido,
que si á la muerte aguardáis
la venganza, la esperanza
agora es bien que perdáis,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiáis. (Vanse.)

ESCENA X

Salen dos CRIADOS con una mesa puesta.

CRIAD. 1.º Apercibamos la cena,
que vendrá á cenar don Juan.

CRIAD. 2.º Las mesas puestas están;
mas ¿quién á don Juan ordena
venir temprano á cenar,
si á veces suele venir
cuando el sol quiere salir?

CRIAD. 1.º Para tener más lugar
de rondar de noche, ordena
cenar temprano.

ESCENA XI

Salen DON JUAN y CATALINÓN.—DICHOS.

D. JUAN. ¿Cerraste?

CATALIN. Ya cerré como mandaste.

D. JUAN. ¡Holal! Traiganme la cena.

CRIAD. 2.º Aquí está.

D. JUAN. Catalinón:
siéntate.

CATALIN. Yo soy amigo
de cenar á solas.

D. JUAN. Digo
que lo hagas.

CATALIN. ¡Fuerte ocasión!

Ya voy.

D. JUAN. También es canino
éste, si cenas en él

conmigo. (Golpes.)

CATALIN. ¡Golpe cruel!

D. JUAN. Que llamaron imagino.

Mira quién llama.

CRIAD. 1.º Ya voy.

CATALIN. Si es la Justicia, señor.

D. JUAN. Sea; no tengas temor.

(Retírase huyendo el Criado que fué á
ver quién llamaba.)

CATALIN. ¡Ay de mí! Confuso estoy.

D. JUAN. Habla. ¿Qué tienes? ¿qué has visto?

CATALIN. De algún mal da testimonio.

D. JUAN. ¿Asombróte algún demonio?

¿Cómo el enojo resisto? (Golpes.)

CATALIN. Más golpes dan á la puerta.

D. JUAN. Corre tú, mira quién es.

CATALIN. ¿Yo, señor?

D. JUAN. Mueve los pies.

¿Quién llama?

ESCENA XII

Sale DON GONZALO, el caballero que mató, armado de
punta en blanco, con el hábito.—DICHOS.

D. GONZ. Yo.

D. JUAN. ¿Quién?

D. GONZ. Soy el caballero honrado
que á cenar has convidado.

D. JUAN. Cena habrá para los dos,
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá:
Ya puesta la mesa está:
siéntate.

CATALIN. Dios sea conmigo.

D. JUAN. Catalinón: siéntate
junto al muerto.

CATALIN. Ya he cenado;

cena con tu convidado,
que yo no sé si podré.

D. JUAN. Siéntate. Si oír cantar
quieres, cantarán.

CATALIN. Si dijo.

D. JUAN. Cantad.

CATALIN. Tiene el señor muerto
buen gusto; es noble por cierto
y amigo de regocijo.

(Cantan los Músicos.)

MÚSICOS. «Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón á la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!»

CATALIN. O es sin duda veraniego,
ó el ser muerto debe ser

hombre de poco comer.
Temblando al plato me llego.

D. JUAN. Háblale.

CATALIN. Vue señoría
¿está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano ó sierra?
¿Préciase allá la poesía?

D. JUAN. A todo dice que sí
con la cabeza.

CATALIN. ¿Hay allá
muchas tabernas? Sí habrá,
si Noé reside allí.

(Cantan.) «Si este plazo me convida
para que serviros pueda,
pues larga vida me queda,
dejad que pase la vida.

Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte,
el galardón á la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!»

CATALIN. ¿Con cuál de las que has burlado,
estos músicos, señor,
hablan?

D. JUAN. De todas me río,
amigo, en esta ocasión.

En Nápoles á Isabela
burlé.

CATALIN. Esa ya no es hoy
burlada, pues que te casas
con ella, como es razón.

Burlaste á la pescadora,
y del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.

Burlaste á doña Ana...

D. JUAN. Calla,
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse piensa.

CATALIN. Es hombre de gran valor,
que él es piedra y tú eres carne;
no es buena resolución.

(Hace señas el muerto que quiten la
mesa.)

D. JUAN. ¡Holal! quitad esas mesas,
que hace señas que los dos
nos quedemos y se vayan
los demás.

CATALIN. Malo; por Dios,
no te quedes, porque hay muerto
que mata de un mojjicón
un gigante.

D. JUAN. Salíos todos.
A ser yo Catalinón. (Hace señas.)

Vete. ¿Que cierre la puerta?
Ya está cerrada, y ya estoy
aguardando lo que quieres,
sombra, fantasma ó visión.

Si andas en pena ó si buscas
alguna satisfacción,
aquí estoy, dímelo á mí,
que mi palabra te doy
de hacer todo lo que ordenes.

¿Estás gozando de Dios,
eres alma condenada,
ó de la eterna región
dite la muerte en pecado?

Habla, que aguardando estoy.

D. GONZ. ¿Cumplirásme una palabra como caballero?

D. JUAN. Honor tengo y las palabras cumplo, porque caballero soy.

D. GONZ. Dame la mano, no temas.

D. JUAN. ¿Eso dices? ¡Yo temor! Si fueras el mismo infierno, la mano te diera yo.

D. GONZ. Bajo esa palabra y mano, mañana á las diez te estoy para cenar aguardando. ¿Irás?

D. JUAN. Empresa mayor entendí que me pedías. Mañana tu huésped soy. ¿Dónde he de ir?

D. GONZ. A la Capilla.

D. JUAN. ¿Iré sólo?

D. GONZ. No, id los dos, y cúpleme la palabra, como la he cumplido yo.

D. JUAN. Digo que la cumpliré, que soy Tenorio.

D. GONZ. Y yo soy Ulloa.

D. JUAN. Yo iré sin falta.

D. GONZ. Yo lo creo; adiós.

D. JUAN. Adiós.

D. GONZ. Aguarda, te alumbraré.

D. GONZ. No alumbres, que en gracia estoy. (Vase.)

ESCENA XIII

DON JUAN, solo.

D. JUAN. ¡Válgame Dios! Todo el cuerpo se ha bañado de un sudor helado, y en las entrañas se me ha helado el corazón. Un aliento respiraba, organizando la voz, tan frío, que parecía infernal respiración. Cuando me tomó la mano, de suerte me la abrasó, que un infierno parecía más que no vital calor. Pero todas son ideas que da á la imaginación el temor, y temer muertos es más villano temor. Si un cuerpo con alma noble, con potencias y razón, y con ira, no se teme, ¿quién cuerpos muertos temió? Iré mañana á la iglesia donde convidado estoy, por que se admire y espante el mundo de mi valor. (Vase.)

ESCENA XIV

Salen el REY y DON PEDRO TENORIO.

REY.

¿Llegó, en fin, Isabela?

DON PEDRO.

Y disgustada.

REY.

Don Juan pondrá remedio hoy á su queja.

DON PEDRO.

Siente, señor, el nombre de infamada, y viendo que de Nápoles se aleja, con disgusto llegó, aunque confiada, pues sus agravios hoy en manos deja de vuestra Majestad, en quien confía que trocará su llanto en alegría.

ESCENA XV

Sale el DUQUE OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.

Huégome, gran señor, que esté presente don Pedro, de don Juan gallardo tío, para que á voces te publique y cuente la justa queja del agravio mío. De tu mano real está pendiente satisfacer mi honor, y así confío que vuestra Majestad desta cautela dará satisfacción hoy á Isabela.

DON PEDRO.

Duque: siempre los nobles caballeros son cortos en palacio de razones.

OCTAVIO.

Don Pedro: en la campaña tengo aceros.

DON PEDRO.

Yo tantos como aceros, corazones.

OCTAVIO.

Yo almas.

DON PEDRO.

Yo potencias.

REY.

Caballeros:

bueno está.

DON PEDRO.

¡Vive Dios!

OCTAVIO.

Si no te pones

en medio.

DON PEDRO.

Si no atajas lo que digo,

¡vive Dios!

OCTAVIO.

¡Vive Dios!

REY.

Venid conmigo. (Vanse.)

ESCENA XVI

Queda el DUQUE OCTAVIO.

OCTAVIO.

¿A quién tan gran desdicha ha sucedido como á mí me sucede? Confiado en un traidor amigo, que hoy ha sido Sinón fingido, por quien yo culpado

de Isabela seré, pues ha perdido lo que en el mundo tanto se ha estimado. Mas si el Rey no la venga deste agravio, la venganza ha de hacer el Duque Octavio.

(Vase.)

ESCENA XVII

Salen el MARQUÉS y TENORIO, el viejo.

TENORIO. Muy bien le podéis quitar las prisiones al Marqués.

MARQ. Si para mi muerte es, albricias os quiero dar.

TENORIO. El Rey os manda soltar de la prisión.

MARQ. ¿Si ha sabido mi inocencia y el que ha sido desta maldad agresor?

Que callo por vuestro honor, aunque estoy tan ofendido.

TENORIO. ¿Por mi honor? ¿Si á vuestro tío matáis, soy culpado yo?

MARQ. Porque don Juan le mató, y á mí la culpa me echáis.

A don Juan mi capa di.

¡Ah, engañoso caballero!

Sin culpa padezco y muero.

TENORIO. ¿Qué decis?

MARQ. Que esto es ansí:

un recado recibí

para que á mi prima goce,

de quien su error conoce,

pues, engañoso y cruel,

fué á las once para él,

y para mí fué á las doce.

Y aunque siento que matase

á mi tío, más sentido

estoy y más ofendido

de que á mi prima gozase. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen DON JUAN y CATALINÓN.

CATALIN. ¿Cómo el Rey te recibió?

D. JUAN. Con más amor que mi padre.

CATALIN. ¿Viste á Isabela?

D. JUAN. También.

CATALIN. ¿Cómo viene?

D. JUAN. Como un ángel.

CATALIN. ¿Recibióte bien?

D. JUAN. El rostro

bañado de leche y sangre,

como la rosa que al alba

revienta la verde cárcel.

CATALIN. Vamos, si te has de vestir,

que te aguardarán y es tarde.

D. JUAN. Otro negocio tenemos

que hacer, aunque nos aguarden.

CATALIN. ¿Cuál es?

D. JUAN. Cenar con el muerto.

CATALIN. Necedad de necedades.

D. JUAN. ¿No ves que di mi palabra?

CATALIN. Ya está cerrada la Iglesia.

D. JUAN. Llama.

CATALIN. ¿Qué importa que llame?

¿Quién tiene de responder, si duermen los sacristanes?

D. JUAN. Llegá á ese postigo.

CATALIN. Abierto

está.

D. JUAN. Pues entra.

CATALIN. Entre un fraile

con hisopo y con estola.

D. JUAN. Sígueme y calla.

CATALIN. Que calle...

(Entran por dentro del vestuario.)

¡Ay, de mí tenme, señor,

porque de la capa me asen.

ESCENA XIX

Sale el MUERTO.—DICHOS.

D. JUAN. ¿Quién va allá?

D. GONZ. Yo.

D. JUAN. ¿Quién sois vos?

D. GONZ. El muerto soy, no te espantes.

No entendí que me cumplieras

la palabra, según haces

burla de todos.

D. JUAN. ¿Me tienes

en opinión de cobarde?

D. GONZ. Sí, porque de mí huiste

la noche que me mataste.

D. JUAN. Huí de ser conocido;

mas ya me tienes delante:

di presto lo que me quieres.

D. GONZ. Quiero á cenar convidarte.

D. JUAN. Cenemos.

D. GONZ. Para cenar

es menester que levantes

esa tumba.

D. JUAN. Y, si te importa,

levantaré esos pilares.

D. GONZ. Valiente estás.

D. JUAN. Tengo brío,

y corazón en las carnes.

D. GONZ. Siéntate tú.

CATALIN. Yo, señor,

he merendado esta tarde.

Cena con tu convidado.

D. JUAN. Ea, pues, he de enojarme;

siéntate, acaba.

CATALIN. ¡Ay de mí!

D. GONZ. También quiero que te canten.

(Cantan:) «Adviertan los que de Dios

juzgan los castigos tarde,

que no hay plazo que no llegue

ni deuda que no se pague.»

CATALIN. ¿Qué plato es éste, señor?

D. GONZ. Éste plato es de alacranes

y víboras.

CATALIN. Gentil plato

para el que trae buena hambre.

¿Es bueno el vino, señor?

D. GONZ. Pruébale.

CATALIN. Hiel y vinagre

es este vino.

D. GONZ. Este vino

exprimen nuestros lagares.

¿No comes tú?

D. JUAN. Comeré

- si me dieses áspid á áspid
cuantos el infierno tiene.
- D. GONZ. Otra vez quiero que canten.
(*Cantan la copla postrera.*)
- CATALIN. ¡Malo es aquesto, por Cristol
Dime, señor, ¿no escuchaste
la canción? Contigo habla.
- D. JUAN. Un hielo el pecho me parte.
- CATALIN. Come deste guisadillo.
- D. JUAN. Ya he cenado; haz que levanten
las mesas.
- D. GONZ. Dame esa mano,
no temas; la mano dame.
- D. JUAN. ¿Yo temor? Toma. ¡Ay de mí
que me abraso; no me abrases
con tu fuego.
- D. GONZ. Aqueste es poco
para el fuego que buscaste,
y así, tienes de pagar
las doncellas que burlaste.
- D. JUAN. A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños antes.
- D. GONZ. No importa, que ya pusiste
tu intento.
- D. JUAN. Deja que llame
quien me confiese y absuelva.
- D. GONZ. No hay lugar, ya acuerdas tarde.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
á manos de un muerto pagues.
- D. JUAN. No me aprietes: ¡tente, tente!
Con la daga he de matarte;
mas ¡ay! que me abrasa el fuego,
y serán golpes al aire.
- D. GONZ. «Esta es justicia de Dios:
quien tal hace que tal pague.»
- D. JUAN. ¡Que me quemó, que me abrasó!
¡Muerto soy!
- CATALIN. No hay quien se escape.
¡San Panuncio, San Antón,
sacadme libre á la calle!
(*Tiran el carretón ó se hundén.*)

ESCENA XX

*Salen el REY, TENORIO, el MARQUÉS DE LA MOTA,
ISABELA, la PESCADORA y acompañamiento.*

- TENORIO. Ya el Marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.
- PESCAD. Si Vuestra Alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace
justicia, á Dios y á los hombres,
mientras viva he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
dile vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.
- REY. ¿Qué dices?
- ISABELA. Dice verdades.
- MARQ. Pues es tiempo, gran señor,
que á luz verdades se saquen,
sabrás que don Juan Tenorio

las culpas que me imputaste
cometió, que con mi capa
pudo el cruel engañarme,
de que tengo mil testigos.
¿Hay desvergüenza tan grande?

REY.

ESCENA XXI

Sale CATALINÓN.—DICHOS.

- CATALIN. Escuchad, oid, señores,
el suceso más notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndolo, matadme.
Llegando don Juan, mi amo,
á Sevilla antiyer tarde
y entrándose á retraer
en la iglesia donde yace
don Gonzalo en el sepulcro
que el Rey mandó se labrase,
aguardando que la noche
para encubrirse llegase,
acertó á ver un letrero
que al Comendador delante
del sepulcro le pusieron
que dice espera vengarse
del que, sin temor de Dios,
con alevosía tan grande
le dió muerte, y él haciendo
burla, llegó á convidarle
que fuese á cenar con él,
y apenas pudo sentarse
á cenar, cuando á la puerta
llegó, y para que no os canse,
después de cenar le dijo
que á su iglesia se llegase
luego la noche siguiente,
que él quería convidarle.
Fué don Juan, que nunca fuera;
pues, sin poder escaparse,
asiéndole de la mano,
comenzó el muerto á apretarle
diciendo: «Dios te castiga:
quien tal hace que tal pague;»
y él diciendo, «que me abraso,»
murió, mas diciendo antes
que á doña Ana no ofendió,
que le conocieron antes.
Yo arrastrando me escapé
de la iglesia y de tan grande
desventura.

MARQ.

REY.

OCTAVIO.

MARQ.

BATRIGIO.

REY.

- Por las nuevas,
mil abrazos quiero darte.
- Pues es ya muerto don Juan,
puede Isabela casarse
con el Duque.
- Yo, señor,
estimo merced tan grande,
pues está viuda Isabela.
- Yo con mi prima.
- Y nosotros
con las nuestras, porque acaba
esta verdadera historia.
Y el sepulcro se traslade
desde aquí á San Juan de Toro,
para memoria más grande.

LA VENGANZA EN EL SEPULCRO

DE

DON ALONSO DE CÓRDOVA Y MALDONADO

CRIADO DE SU MAJESTAD

HABLAN:

DON JUAN TENORIO.
COLCHÓN, *gracioso.*
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL ASISTENTE.
UN ALCAIDE.

UN ALGUACIL.
DOÑA ANA, *dama.*
INÉS, *criada.*
DOS CRIADOS.
ACOMPANAMIENTO.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale DON JUAN y DOÑA ANA, de camino.

DON JUAN.

Detén, deidad hermosa,
para no ser cruel, más cariñosa,
el curso acelerado:
no revoques la dicha de mi estado.
Vuelve, vuelve á la fuente,
que en el puro cristal de su corriente
prodigio te traslada,
bien que ofendida por no bien pintada.
No desocupe tu esplendor el prado,
de tu luz matizado
mejor que de sus flores,
pues son, los que matices, resplandores.
Tu beldad soberana,
cuyos rayos lucientes la mañana
toda la hacen aurora, toda oriente,
más propicia me escuche. ¡Ay, Dios! detente,
que, aun sólo imaginada,
ya me mata tu ausencia, ó cuando airada
se opone á mi quietud. Ya tu desvío,

dueño de mi albedrío,
¡cuánto me cuesta ya! que no es amante
el que ausente viviere un solo instante.
No permitas ¡oh, asombro de ti propia!
traslados de tu copia,
tormentos de mi idea,
si no has de dar lugar á que te vea;
si no has de ser piadosa.
¡Quién creyera que hermosa
me pudieras matar! ¡Oh, quién creyera
entrañas de una fiera
en pecho de una diosa!
No me mates cruel, bástete, hermosa.

DOÑA ANA.

¿Por qué mis pasos sigues?
¿Quién eres, di, que á una mujer persigues,
pródiga de temor y sentimiento?
¿Quién te provoca á tan extraño intento?
Déjame, hombre ó fiera;
déjame, no me sigas.

DON JUAN.

Oye, espera.

DOÑA ANA.

No puedo.

DON JUAN.

De estos riscos
precipicio seré, porque obeliscos